

arcaico toba, la mujer estaba a cargo del fuego, la costumbre podía llenarse de actos rituales, y ello significar autoridad. El hombre aportaba los alimentos pero perdía poder ritualizado. La situación pudo devenir extremadamente peligrosa y conflictiva. Era necesario arrebatar el fuego, so pena de que la ritualidad que a él se le adhería, terminara por convertir a la mujer en el centro institucional de la tribu. Entre los chorotes, *Joisá* (Carancho) personaje teomórfico, es el que roba el fuego, pero en este caso a un carpintero. El relato puede ser muy contemporáneo. El origen del taladro para hacer fuego, entre los maticos, lleva a una explicación diferente. Estaba el fuego en posesión del *Tigre*⁴⁵, y el *Cuis*⁴⁶ le robó una brasita. Luego vino Tokjwáj (personalidad mayor) y le enseñó a utilizar el «palito»⁴⁷. De todos modos se repite siempre el tema del fuego. Pero ambos relatos están deformados por la mitología. En el toba, la conciencia ecohistórica es decisivamente más fuerte, el *Loro* se queda mudo. La contradicción es brutal. Los hombres regresaron cargados de peces. Al frente venía uno llamado *Zorro Sagaz*. Se dieron cuenta del robo, y el *Loro* señalaba hacia arriba porque no podía hablar, después de haber sido golpeado con el tizón. Al otro día los hombres volvieron a partir para la pesca, y dejaron como vigilante al *Águila*.

Otra vez bajaron las mujeres, siempre riéndose. El *Águila*, escondido, se dijo: «—Son algunas mujeres. Ellas son las que vinieron antes»⁴⁸. Descendían desde una sogá, y «les salía un resplandor que iluminaba el lugar. Y cuando la sogá tocó la tierra, ese hombre llamado *Águila* quedó enceguecido, y las mujeres le echaron brasas encima», quemándolo⁴⁹. Las mujeres se robaron otra vez la comida y subieron al cielo⁵⁰.

Las mujeres están iluminadas por el resplandor del fuego, aunque su uso forma parte de una estrategia defensiva. Ellas se ríen mientras los hombres permanecen serios. La risa es un atributo de la mujer. El movimiento de los músculos de la cara y la boca que denota alegría, se crea con el fuego y se humaniza con él. Los hombres están encadenados a la seriedad tiránica de la pesca de alimentos. Ni el hombre hablador (*Loro*), ni el de mayor vista y oído (*Águila*) pudo capturar a las mujeres. La tarea le tocará al más repulsivo, al *Carancho*, cuya carne hedionda ni siquiera se atreven a comer los perros. Este, llamado *Chüquí*:

Escuchó que venían las mujeres (porque se reían constantemente; ja, ja, ja, ja, ja). Y cuando estuvieron cerca de la tierra, el *Chüquí* se dijo dentro suyo:

—Ellas son poderosas. Pero yo también soy poderoso, como ellas.

Y las miraba para arriba⁵¹.

Entonces voló con rapidez hacia el cielo y cortó la sogá. Las mujeres que estaban en el extremo inferior de la sogá se cayeron, y las otras se

⁴⁵ *Yaguar* o *yaguareté*.

⁴⁶ También *cui*, voz guaraní. Una especie de conejo muy pequeño, semejante a una rata, de carne comestible.

⁴⁷ Andrés Pérez Díez: «Aproximación a la ergología de los grupos aborígenes del Chaco Centro Occidental». En *Grupos Aborígenes...*, op. cit., 65-74.

⁴⁸ *Toqueshic...*, op. cit., 38.

⁴⁹ *Idem*, 39.

⁵⁰ *Entre maticos, chorotes y chulipies, la mujer también tiene un origen diferente al hombre. Descendió del cielo por una escalera o cuerda de fibras de caraguatá. Mashnshnek, 1977, op. cit., 36.*

⁵¹ *Toqueshic...*, op. cit., 39.

escaparon. Algunas de las que cayeron quedaron enterradas. El *Carancho* llamó a los pescadores. El jefe se llamaba *Tuyango*, pero el Zorro Sagaz corrió más rápido y llegó antes⁵². La primera personalidad, la más abarcadora de la mitología tobamataca es Tuyango. Pero no tiene los atributos de una divinidad, sino de un gran cacique, demasiado grande tal vez y por ello un tanto lento en las reacciones.

El mundo tiene tres planos: el cielo desde el que se desciende por una sogá, el suelo, y el *mundo enterrado*. Los hombres ocupan desde un comienzo el suelo. ¿Topografía casual? Las mujeres habitaban el lugar más alto, pero después de llegar a tierra se meterán algunas —las enterradas— en el lugar más bajo; otras compartirán el territorio del hombre. El lugar más bajo es siempre el peor, el más temible. La topografía del suelo proyecta una conciencia de la biosfera, una capa donde viven la mayoría de los organismos existentes. Cada elemento social e imaginario debe acomodarse en un sitio preciso. Arriba es el lugar más bello; el abajo enterrado, el más horrible. El varón ocupará el suelo. Los niños nacen desde arriba, bajando a la tierra desde el vientre de la madre. En lo alto los ideales. El universo es una sucesión de topografías sintetizadoras, significadoras de ideas.

El tema del cuento no nace de la evolución del reflejo directo de la realidad, sino de un proceso de negación de esta realidad. El tema es la realidad antitética. Las mujeres estaban en poder del fuego, y como estado de ánimo de esa dominación se ríen. Pero el macho prepara su caída. Se opera el paso de un poder hacia otro. Cuando vengas por los alimentos, caerás en la trampa. El hombre más «hediondo» y sin escrúpulos, es el encargado de hacerte caer. Hasta aquí el cuento parece relatado por las propias mujeres. Su atrevida aventura de robar los alimentos de los machos, puede mostrarse teñida de inocencia. Pero la trampa que preparan éstos dista de ser inocente. Es el núcleo cultural, los rasgos de una cultura más estrechamente relacionados con la subsistencia. Cuando la sogá se corte, a algunas hembras incluso les tocará quedar enterradas. Por efectos del mundo de los vegetales y la fauna, el cuadro de origen humano se llena de una fuerte visualidad. Los ideogramas no tienen —curiosamente—, carga religiosa. Se trata de una explicación natural del desarrollo humano. El tránsito de los animales al hombre, a través de humanos medios con rasgos zoomórficos. Ello era extraído directamente de las operaciones en la naturaleza. De los biotipos del Chaco, regiones donde viven, se alimentan y luchan especies vegetales y animales específicos. Pero también entre los climas, los biomas acuáticos, boscosos, de aguas saladas, áridos, que daban lugar a comunidades ecológicas propias. Y la necesidad de dar una comprensión única, una unidad a los mundos, para no verse

⁵² Idem, 40.

espantosamente fuera de él. La *calabaza* (el reino vegetal), es germinadora de los *mediohombres* (mundo animal en tránsito), y del *homo sapiens*. Cuando se corte la soga, y hombre y mujer queden reunidos en proceso de tránsito, de cruces y trayectos, de evoluciones y mutaciones, se iniciará el conflicto social organizador de la propia tribu. El movimiento supone una contradicción. El relato tiene menos plasticidad que el *Génesis*, pero más realidad. Los símbolos, en su primitiva fuerza, abren caminos para las abstracciones científicas o para la resolución de grandes problemas, que en el *Génesis* se presentan ya resueltos, sin posibilidad de elección, como alternativas cerradas. Lo notable de estas narraciones orales es su antigüedad y frescura. Un *Génesis* hallado hace apenas algunos años.

Hasta el momento, el cuento no se presenta como un mito, si se entiende elementalmente por tal un relato sobre la divinidad o seres divinos en cuya realidad se cree⁵³. Mito y relato se diferencian aquí por su función social. Formalmente no pueden distinguirse, y en los estadios clánicos se confunden frecuentemente, incluso por el contenido. En este caso la función parece ser eminentemente ecohistórica, expresar un momento de viraje natural y social trascendente. Tiempos fabulosos pero no heroicos. Su memorización tiene una funcionalidad: fijar la resolución de un conflicto en el seno de la sociedad tribal. El relato no es historia en sí misma, sino que su origen es histórico⁵⁴. De lo que se trata no es de interpretar el cuento, sino más bien de reducirlo a sus causas históricas. Encontrar la semántica histórica del relato.

Ese código es con frecuencia desconocido, o ha permanecido oculto por sucesivas capas de cambios y valores nuevos. Descubrir la semántica histórica puede alumbrar un ángulo nuevo. Dar una imagen complementaria, o una distinta. Pero también abre grandes peligros, inexactitudes, relaciones erróneas. Lo que interesa no es la historia, sino la genética o el estudio del origen del episodio cultural.

El cacique *Tuyango*, es el más grande en esta tierra. Esto es propio de sociedades arcaicas donde el poder está en relación directa con la fuerza física. Las condiciones morales se desprenden de la propia fortaleza corporal. Quizá por eso el cacique es el menos asociado al zoomorfismo, y aunque tiene plumas rojas, su presencia es claramente humana. Las mujeres tampoco son zoomorfas, pero sexualmente no son todavía humanas. Sólo los machos las convertirán en tales.

Se gesta en el relato la estructura de las normas morales, sin las cuales esta sociedad no puede sobrevivir. El conjunto de ellas no es otra cosa que las actitudes generalizadas expresadas primero en la conciencia colectiva y luego individual, como normas, modos y principios de interrelación de los hombres. Lo útil a la colectividad y por lo tanto al individuo, se repetía,

⁵³ Propp, op. cit., 30.

⁵⁴ Idem, 36.

imitaba y comunicaba de generación en generación como hábito moral que adquiriría el carácter de costumbre. El hipotético cacique, en sólo escasas imágenes en el texto aparece como un ser con autodomínio y fuerza. «Entonces él que era el jefe, el más grande en estatura, llamado Tuyango, se fue adelante. Toda su ropa era roja»⁵⁵. Entre los latinos, la palabra *Virtus* que designaba la fuerza física y el denuedo, pasó luego a definir la *virtud* en sí misma; análogamente, la palabra griega *Bonus*, significaba fuerte y valiente, y *Bonum*, el bien. En tiempos rigurosos para la tribu, la fuerza y el autodomínio se valoraban como cualidades morales insustituibles.

El *Zorro Sagaz* llegó antes que todos, aclara el relato; quizá porque no tenía alas ni plumas. Vio a una mujer, la más bonita de todas, y se apoderó de ella «y la metió dentro de su casa y sin perder tiempo la cubrió con su cuerpo y copuló»⁵⁶. Pero la mujer le cortó su miembro reproductor y se lo comió con la vulva. El zorro salió corriendo dolorido, los otros le preguntaron qué había pasado: «—No tengo más, no tengo más el miembro viril, es como si ella tuviera dientes en la vulva...»⁵⁷. Se fue al monte, encontró un árbol garabato, le sacó una ramita, la limpio muy bien, y se lo injertó en el lugar del miembro. Por eso hasta el día de hoy, los zorros tienen una cicatriz en ese lugar⁵⁸. La imaginación reúne las explicaciones protosociales con las gestualidades del mundo conocido, del biotipo, allí donde viven, se injertan, denostan, luchan y se montan grupos de seres sometidos a condiciones relativamente constantes o cíclicas. Unas realidades se explican desde las otras. Unas hablan de las otras. Entre la familia étnica matabo-mataguayo es común el relato de la vulva dentada y de un personaje que ejecutará la ruptura de los dientes y por consiguiente la posibilidad del acto sexual⁵⁹.

Los hombres toman posesión de las mujeres y éstas los enfrentan sexualmente. La mujer todavía guarda el derecho a la resistencia sexual, y a elegir ella misma a sus pretendientes. Pero el mundo arcaico está cambiando. Las hembras no podrán soportar mucho tiempo más la defensa de sus derechos y poderes. Los actos naturales se vuelven sociales. Después del acto del zorro, todos los hombres «agarraron para sí mujeres», pero el que no tuvo suerte de encontrar una fue el *Quirquincho*. El viraje se ha producido.

El *Quirquincho*⁶⁰ escarbó la tierra buscando mujeres enterradas de cuando se cayeron del cielo, «y siguió hasta que le arañó el ojo a una y la dejó tuerta»⁶¹. Pero el quirquincho estaba muy contento con su nueva mujer⁶². La topografía más baja, el subsuelo, recrea la estética de la deformidad. La mujer tuerta se une al quirquincho que es también el cuasihumano más bajo. El hombre más hermoso por lo tanto, deberá ser el más alto. La estatura no es sólo una virtud, también es un valor estético. El

⁵⁵ Toguéschic..., op. cit., 40.

⁵⁶ Idem, 40.

⁵⁷ Idem, 40.

⁵⁸ Idem, 41.

⁵⁹ Celia Mashnshnek: «Mitología de los Matabo», 1977, op. cit., 32.

⁶⁰ En el noroeste argentino y Chaco, denominación genérica del armadillo. En el noreste o litoral, se usa la voz guaraní tatú.

⁶¹ Toguéschic..., op. cit., 41.

⁶² Entre los matabos el consumo del quirquincho es tabú para los hombres entre los 15 y 20 años. Su consumo produciría debilidad y escalofríos. Celia Mashnshnek: «La economía de los Matabo del Chaco Argentino», op. cit., 60.